

RECENSIONES Y RESEÑAS

AA.VV. (A cura di Maria Marcellina PEDICO): *Maria di Nazaret. Discepola e testimone della Parola*. Centro Studi USMI, Roma, 2009, 110 páginas.

La recopiladora Maria Marcellina Pedico prologa el conjunto, señalando el título de María como *Virgo liber Verbi*, de cierta tradición patristica y medieval, incluso en pinturas. Además, el papa Benedicto XVI se habría referido recientemente a ese título mariano al proponer a María como la mujer orante de la Escritura, modelo de la *lectio divina*. San Máximo el Confesor escribió que como Cristo es el libro del Padre, así María es el libro del Hijo, escrito por el Espíritu Santo. Santa Catalina de Siena decía: “María, dulce amor mío, en ti está escrito el Verbo del cual tenemos la doctrina de la vida”. Muchas pinturas medievales pintan a María presentando al Niño o presentando el Libro que son sobre todo las Profecías del AT que se cumplen en él.

Además del prólogo, la autora escribe otros dos capítulos, colocados hacia el final del libro: uno sobre La impronta bíblica del Rosario, que es como un compendio del Evangelio. Luego trata de la enunciación bíblica de los misterios, y de las oraciones evangélicas del rosario, como son el Padre Nuestro y, en parte, el Ave María. Dedicar el segundo capítulo a hablar del carácter bíblico de los Misterios de la Luz, que el papa Juan Pablo II propuso a los fieles en su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, que son, como sabemos: El Bautismo de Jesús por Juan, El signo de Caná de Galilea, El anuncio del Reino de Dios, la Transfiguración y la institución de la Eucaristía. Se basa sobre todo en comentarios del mariólogo Stefano Di Fiore; y concluye que el rosario deja tras sí una estela luminosa de Evangelio y guía a millones de hombres y mujeres hacia Jesucristo y hacia la santa y adorable Trinidad.

El primer artículo se debe a Nuria Calduch-Benages, que titula *Mater Dei et Mater fidei*. María en el sínodo del 2008 y habla de María que escucha e interpreta la Palabra. Termina sacando incidencias pastorales de esta reflexión y con la cita entera de la proposición 55 del Sínodo.

Sigue un ejercicio de *lectio divina* sobre el *Magnificat* de Lc 1,46-55 a cargo de Francesco Lambiasi. Va repasando el contexto y sobre todo el texto del canto de María. Subraya que es un canto a la Misericordia de Dios, en la historia del pueblo de Israel y apunta a la Misericordia de Dios que sigue actuando hoy.

El trabajo de Lilia Sebastiani se titula: ¿Mujer del silencio o de la escucha? Lo va desgranando bajo estos epígrafes: Silencio polícromo y multísono. Escucha, atención, relación. Obediencia como escucha. María, modelo de discípulo que escucha. Escucha, atención, autorrealización.

Las páginas de Stefano Di Fiore hablan sobre tres bienaventuranzas marianas y lo titula “Bienaventurada Tu, María”. Se refiere a Lc 1,45: “Bienaventurada tú que has creído”; Lc 1,48: “Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada” y finalmente Lc 11, 27: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los senos que te alimentaron”. Concluye con una aplicación vital para esta época postmoderna que califica que de “líquida”, con bienaventuranzas pequeñas, como esta: “Felices aquellos que saben reírse de sí mismos: nunca dejarán de divertirse”. Hay que subrayar las bienaventuranzas marianas, que la hacen “maestra de valores” eternos.

María Campatelli reflexiona con los Santos Padres sobre la Palabra que se hace carne en María. Cita a San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San Máximo de Turín, San Cirilo de Jerusalén, un texto de la liturgia bizantina para el 15 de agosto y por fin un pedazo de los Himnos sobre la Natividad de San Efrén. El don de Dios, previo, necesita la sinergia del sí del hombre para que su Palabra se encarne realmente en cada uno, como ejemplarmente lo hizo en María.

Sigue un artículo de Bruno Secondini que trata de María que escucha y vive la Palabra en la cotidianidad. Se basa también en el *Magnificat* y va comentando que es un canto comunitario, con rasgos originarios de Lucas, que refleja a María como una hebrea que escucha, culminando toda la espera de las esposas estériles de Israel. Termina con un ejemplo de exégeta al lado de pueblo y de la *stabilitas cordis et corporis* de María.

El escrito del cardenal Angelo Amato se refiere, muy salesianamente, a María educadora de los santos; y lo titula *Sanctorum Mater*. Comienza citando a San Agustín que gustaba llamar a la Virgen “Santa María”, porque es la totalmente santa; y a Santo Tomás de Aquino, que subraya que ella es ejemplo de todas las virtudes, y no sólo de algunas como los santos. Luego habla de la santidad ontológica de María y su santidad moral, por las que es madre de los santos y su educadora. Concreta en el ejemplo de San Juan Bosco que la tiene por Maestra y apunta a la espiritualidad mariana salesiana de María como Auxiliadora o *Auxilium Christianorum*; y finalmente en San Pio de Pietrelcina que la llamaba “Mamma celeste”.

El último trabajo, de Ricardo Pérez Márquez, versa sobre María y la Palabra en la iconografía y presenta varios cuadros, incluso gráficamente, sobre María y su relación con la Palabra, ya que las imágenes son como una “escritura visual” o que entra por los ojos.

Los trabajos, como se ve, son todos breves; pero todos son enjundiosos y

profundos, como obra de especialistas marianos en gran medida; y nos pueden ayudar a todos a escuchar con María la Palabra de Dios, y a encarnarla en nuestras vidas con la fuerza de su Espíritu.

Eduardo Frades, CMF

AGUINAGA ZUMÁRRAGA, Betty, M.L., *Derecho de la Iglesia*, PUCE (Pontificia Universidad Católica de Ecuador), Quito-Ecuador, 2006, 150 páginas

La Iglesia como toda sociedad necesita de un ordenamiento jurídico mediante el cual pueda organizarse, alcanzar su fin y sus aspiraciones, dice Bety, abogada y doctora en Jurisprudencia en la PUCE, quien ingresó luego en las Misioneras de Madre Laura y trabajó como abogada en la pastoral indígena junto a Mons. Leónidas Proaño. El libro es fruto de su experiencia como docente en la PUCE y en la UPS (Universidad Politécnica Salesiana) y de su experiencia profesional en la defensa de los derechos de quienes más lo necesitan: lo indígenas.

Si bien el Código de Derecho Canónico orienta la vida de la Iglesia, en algunas cuestiones, el Derecho deja un margen de decisión a la autoridad competente, de acuerdo a la realidad de la comunidad cristiana, lo que ayuda en el campo pastoral. El Derecho de la Iglesia se proyecta a la pastoral, a fin de que sea un instrumento de ayuda para quienes están comprometidos en la construcción del Reino de Dios.

La autora trata en forma ordenada, clara y sintética el contenido legislativo de los dos primeros libros del Código de Derecho Canónico: Normas Generales y el Pueblo de Dios, y hace valiosas referencias de los libros IV y V sobre la función de enseñar y de santificar de la Iglesia. El libro fue publicado en 2006 por la PUCE, después de la muerte de la autora.

El libro está orientado a los estudiantes universitarios, seculares, religiosos que se preparan para ser profesionales honestos y consecuentes con el Evangelio y a todas las personas comprometidas en el campo pastoral.

El libro consta de un estudio preliminar y ocho capítulos. En el estudio Preliminar introduce al lector en el conocimiento de un conjunto de conceptos y nociones generales sobre Derecho para tratar luego, del capítulo Primero hasta el Octavo los distintos temas del Derecho de la Iglesia.

Preliminar: Necesidad de un Ordenamiento jurídico, el Derecho, la ley

desde una perspectiva civilista. Capítulo I: Derecho eclesial o derecho Canónico, Capítulo II: Normas generales. Capítulo III: Normas, Actos administrativos, Oficios. Capítulo IV: el Pueblo de Dios: los fieles cristianos. Capítulo V: El pueblo de Dios: La jerarquía de la Iglesia. Capítulo VI: las Iglesias particulares, sus agrupaciones. Capítulo VII: La ordenación interna de las iglesias particulares. Capítulo VIII: Instituciones de vida consagrada y sociedades de vida apostólica.

Termina el libro con la bibliografía: dieciséis libros consultados por la autora.

Santiago Prol Díaz, SDB

BINGEMER, María Clara, *Simone Weil. Una mística en los límites*. Ciudad Nueva: Buenos Aires, Navarra, 2011.

En el siglo XX, llamado “siglo sin Dios” nace y muere Simone Weil, (1909-1943) una mujer excepcional de origen judío que vive con intensidad en un contexto de preparación para la Segunda Guerra Mundial. Su vida presentada por la Dra. María Clara Bingemer, muestra en esta nueva publicación, el rostro de una mística compasiva y solidaria que vive en su propio cuerpo el sufrimiento solidarizándose por amor con sus hermanos y hermanas.

En los cuatro capítulos de la publicación que consta de 190 páginas, la autora va describiendo las características y las particularidades de esta filósofa francesa comprometida con la justicia social desde niña. Sintetiza de manera ágil el testimonio de su vida que sigue iluminando el contexto cambiante y desafiante del siglo XXI. Su condición de activista política, brillante intelectual, filósofa, pensadora y mística sin institución le dan una fisonomía femenina particular anticipándose al Concilio Vaticano II.

¿Cuáles son los aspectos que enfatiza la autora para hablar de la mística de Simone Weil dentro del perfil de testigo en la sociedad actual?

Hace referencia a la sólida formación académica que le capacitó para ocupar lugares importantes en el debate de las ideas con argumentos sólidos para defender a los pobres. De una alumna excepcional, con un corazón ardiente y palpitante y una mirada compasiva hacia la realidad, se fue constituyendo en una filósofa ocupada de los problemas sociales. Experimentó en carne propia la situación de los trabajadores en distintos ambientes al trabajar junto a los obreros en las fábricas, a

los campesinos en las cosechas y a los pescadores. La fragilidad de su salud física la hizo solidaria con el dolor de la humanidad, asumiendo la compasión como estilo de vida. La opción preferencial por los pobres fue el camino para encontrar al Dios de Jesucristo. Viviendo el “espíritu de la pobreza” fue purificándose y comprendiendo el misterio de la Redención.

Fue una mujer con vocación de precursora y profeta, pues el conocimiento de sí misma de sus capacidades y de sus fragilidades le dio la sabiduría para amar, compadecerse y comprender a sus semejantes. Amó a Cristo Crucificado que fue su pasión y la fuente de su mística cristiana aunque no institucionalizada dentro de la Iglesia Católica. Sus escritos revelan la sabiduría de su fe movida por el Espíritu de la Verdad y acrisolada por el dolor. Los mismos describen verdades teológicas que años más tarde serán comprendidas. La Dra. Bingemer de una manera novedosa, relaciona sus intuiciones de fe con la Teología de la Liberación que surgirá treinta años después de su muerte en Latinoamérica. También con los contenidos de la teología de Rahner que fue precursora del Concilio Vaticano II.

Se puede decir que la justicia social, la libertad democrática y la revolución formaban parte de su vida cotidiana, junto al estudio de los grandes filósofos. La permanente amenaza de la guerra y la violencia la llevó a comprometerse yendo al campo de batalla y experimentando en su propio cuerpo esa realidad a la cual respondió desde el amor. “Cuando ya no se puede impedir el conflicto bélico, hay que asumir la parte de sufrimiento que a cada uno le corresponde de acuerdo al grupo al cual pertenece.” (p.39)

La búsqueda permanente de la verdad orientó su vida y entendía que la misma no coincidía con las verdades de las ideologías, de las religiones y de las Iglesias, sino “con la luz que sacia la sed del alma y sin la cual vivir es un sufrimiento insoportable.”(p.21). Consideraba que el trabajo intelectual dissociado de la realidad, de sus problemas, conflictos y sufrimientos, dejaba de ser una auténtica y honesta búsqueda de la verdad porque se convertía en un diletantismo irresponsable y hasta criminal. Ese modo coherente de vivir desde la fe y el amor a Jesús Crucificado la condujo a unificar en su vida el trabajo intelectual con la realidad, siendo solidaria y comprometida con los demás.

Podemos concluir diciendo que esta nueva obra de Simone Weil, escrita desde la mirada de María Clara Bingemer, muestra las numerosas cualidades de esta gran filósofa y mística comprometida con la historia, que abrió un camino original y único en medio de las diversas situaciones. Es sus 34 años de intensa vida es preciso decir que “no desperdició su vida,” consejo que ella misma dio a

sus alumnas y que vivió con intensidad. Su mística es fruto de la experiencia de amor con Jesucristo crucificado que le impulsó a darse hasta el límite de sus fuerzas físicas debilitadas por las enfermedades y privaciones que ella misma se sometió por solidaridad con los pobres. ¿Por qué es testigo hoy para nuestra sociedad? Porque su vida es fuente desde la que brota la teología, maravilla del Espíritu de Dios, y su estilo de vida sigue iluminando y abriendo caminos para que las nuevas generaciones puedan avanzar. Por lo cual invito a leer esta publicación para que su ejemplo de vida contribuya abriendo nuevos horizontes de vida y esperanza en nuestra sociedad actual.

Lic. María del Pilar Silveira

CAMPAGNUOLO TIRADO,, Eduardo Antonio: *Propuesta de un modelo pastoral para vivir el paso de una Iglesia identificada con la institución eclesial a una iglesia Pueblo de Dios*. INPAS y UCAB, Caracas, 2011, 224 páginas

(Prólogo del libro, escrito por el director de la tesis, P. Pedro Trigo)

El presente libro se comenzó a gestar en un seminario sobre pastoral suburbana que incluía cuatro trabajos de campo en una comunidad cristiana de barrio. El seminario había establecido un esquema de pastoral suburbana y mediante entrevistas se trataba de precisar hasta qué punto se percibía el esquema en la comunidad estudiada, cómo se concretaba y a qué se debían las variantes, en el caso de que las hubiera. El autor realizó cuatro series de entrevistas a cuatro personas de la comunidad que desempeñaban papeles diferentes. Fue perfilando tanto el modo de hacer las encuestas como la manera de analizarlas. De todo ello salió un material muy voluminoso con un acopio de datos realmente significativos.

La conjunción que se dio entre las propuestas del seminario y la claridad con que los entrevistados comprendían el sentido de lo que llevaban a cabo y la percepción de su genuinidad cristiana impactaron hondamente al autor, que llegó a atisbar en esa comunidad un modelo de vivir la eclesiología del concilio Vaticano II. Eso lo llevó a una revisión personal del modo como había ejercido la pastoral en las casi dos décadas que venía desempeñándose como cura. Por eso decidió ahondar en la materia en la tesis de maestría. Sería el modo de sedimentar sus descubrimientos, de sistematizarlos y fundamentarlos, y a la vez la manera de prestar un servicio a la Iglesia venezolana. En efecto, como repite en varias ocasiones, aunque la opción

eclesiológica del Concilio dista mucho de ser asumida por nuestra Iglesia, no pocos de los que sí están ganados por el deseo de vivirla y que sienten que Dios les pide entrar por ese camino, se sienten paralizados por no saber cómo hacerlo. El modelo de Iglesia identificada con la institución eclesiástica está tan consustanciado con su modo de ser presbíteros que necesitan ejemplos prácticos para atisbar de manera concreta su posibilidad para ellos.

Queremos destacar como algo ejemplar la pertinencia de plantear el estudio como algo en lo que se está personalmente involucrado porque atañe a los ejes sobre los que se mueve la propia vida y de plantearlo además como un servicio a la sociedad de la que se forma parte. Si esta actitud tiene sentido en cualquier materia que se estudie, lo tiene de una manera especial en el estudio de la teología ya que no es un saber teórico, porque nunca podremos llegar a Dios al margen de su revelación y su revelación es siempre salvadora. La vida es breve y no tiene sentido ocupar años de estudio meramente para saber más o para subir de escalafón. La finalidad práctica no debería faltar nunca. Ahora bien, lo práctico no son recetas sino, como en este caso, discernir, tanto el modo de hacer pastoral y por tanto de comprender la misión de la Iglesia y en ella la del ministerio, como el modelo que subyace en una parroquia concreta.

Desde esos objetivos, el libro contiene dos partes: en la primera sistematiza tanto el modo de ser Iglesia, identificándola con la institución eclesiástica, que era la manera como se vivía antes del Vaticano II, y por lo tanto como se sigue viviendo donde no se ha recibido el Concilio, como el modo de vivir como Iglesia pueblo de Dios, que deriva de su recepción; y en la segunda estudia un modelo concreto de vivir como pueblo de Dios, el modelo que se extrae de la vivencia de una comunidad concreta a través de un análisis genético-estructural.

En la primera parte comienza refiriéndose al discernimiento que hace el Concilio de los signos de los tiempos y a cómo entre esos signos coloca el hecho de que la humanidad haya llegado por encima de naciones y culturas a percibir su unidad básica como familia de seres humanos y por tanto como familia de pueblos, como una verdadera unidad que contiene las diferencias. La unidad a la que se aspira, aunque se tiene la conciencia de que se está muy lejos de ella, no tiene que ver con el sometimiento de todos a un poder único sino por el contrario a relaciones libres, simétricas, biófilas y ecuménicas, relaciones, pues, de mutuo reconocimiento de la diferencia como riqueza para todos y no como desventaja y discriminación de unos y privilegio de otros.

Esta unidad tiene que ver con el designio de Dios, más aún, tiene su modelo

en Dios, que no es el monarca divino sino la comunidad divina. De esta humanidad que busca una unidad entendida como fraternidad, que tiene su modelo en la comunidad divina, es sacramento la Iglesia. Pero para que lo sea, la Iglesia tiene que asumir la figura de un pueblo convocado por el Espíritu en el que todos los seguidores de Jesús se reconozcan en su igual dignidad de discípulos y en la diferencia de sus carismas y vocaciones.

Así pues, lo básico de la Iglesia no son la diversidad de vocaciones sino la común identidad de cristianos, de seguidores de Jesús, de discípulos, la común pertenencia al pueblo de Dios. Como cristianos nos llevamos mutuamente en nuestra fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana. Nos llevamos y nos llevaremos por toda la eternidad. En esta primera comunión se realiza la primera eclesialidad. Sólo si ella existe, la Iglesia es cuerpo de Cristo, porque es él el que obra esta unión cuando nosotros nos edificamos mutuamente, él está presente entre nosotros, en medio de nosotros, en lo que nos media.

El autor insiste en que tenemos que vivir a este nivel básico, que tenemos que actuar este nivel como el nivel decisivo, porque es el escatológico. No puede ser que nos relacionemos sólo ni principalmente a nivel de nuestras respectivas vocaciones. Esto es imprescindible, pero secundario: constituye la segunda eclesialidad. Pero ella no puede realizarse constructivamente sino sobre la primera. Y sin embargo, el autor constata que en la práctica ésta es casi la única que se actúa. He ahí la deformación eclesial que tenemos que superar.

Sólo redescubriremos o descubriremos lo que entraña vivir la Iglesia como pueblo de Dios cuando vivamos prevalentemente las relaciones con los demás cristianos a este nivel básico de ayudarnos recíprocamente, enseñarnos, edificar-nos, consolarnos, corregirnos, tenernos paciencia, en definitiva, querernos unos a otros.

Sobre esta fraternidad básica, viene el ejercicio de los diversos carismas y vocaciones. El Concilio distingue tres vocaciones básicas: la jerarquía, el laicado y la vida consagrada. La riqueza de la Iglesia está en que cada uno viva su vocación para el bien de todos, que significa para que todos lleguemos a ser cristianos: hijas e hijos de Dios y hermanas y hermanos unos de otros. Así pues, las vocaciones son para potenciar nuestro común ser cristiano, que es lo realmente valioso y definitivo. Es imprescindible el aporte de cada vocación y nunca se insistirá suficientemente en el valor de sus aportes; pero sólo serán fecundas si se ejercen como servicios a lo definitivo, que es nuestro común ser cristiano.

Creo que esta dilucidación es lo más pertinente de esta primera parte. Pero siempre que se la entienda en el horizonte del designio de Dios de que toda la humanidad llegue a formar una sola familia, una familia de pueblos y por tanto todos nos reconozcamos hermanos.

De la segunda parte queremos destacar la pertinencia del análisis genético-estructural. Esto es así porque la narración de cómo fue surgiendo el modelo va haciendo patente el modelo porque el proceso fue constituyente. Esto merece ser explicado. Es distinto que unos curas vayan a un sitio con un modelo prefabricado de lo que quieren hacer, un plan detallado y lo vayan ejecutando imponiéndoselo o, en el mejor de los casos, convenciendo a los feligreses, a que esos curas lleguen con unas convicciones de fondo y desde ellas la convivencia cristiana y la actuación de su vocación específica de curas vaya dando lugar al modelo.

A partir de un plan maestro que traigan los curas nunca podrá estructurarse una comunidad cristiana como pueblo de Dios porque el sujeto del plan es la institución eclesiástica y no todos los cristianos. Así pues, como lo recuerda el autor: el modo de producción determina el producto: no de cualquier modo puede llegar a constituirse la Iglesia como pueblo de Dios, sino a través de un proceso en el que todos sean sujetos y no sólo los curas.

El segundo aspecto que queremos poner de relieve es la situación inicial desde la que se inicia el proceso. Los curas llegan a una vivienda rural como las demás de la zona, ya que antes de llegar a ser barrio había parceleros de pequeñas fincas agrícolas. Llegan, pues, como curas vecinos. No llegan a una casa rural ni quieren construirla. Están en el vecindario. Son unos vecinos especiales, pero unos vecinos. Como esos vecinos se relacionan ayudando y pidiendo ayuda, aconsejando, bendiciendo, visitando enfermos... Esta situación básica los liga no sólo a la comunidad cristiana sino de entrada a la comunidad humana. Todos los conocerán y muchísimos se relacionarán habitualmente con ellos, que son reconocidamente cristianos y curas. Esta situación será permanente, no sólo un punto de partida.

Ellos pensaban, esa era una de sus convicciones básicas, como lo recuerda el autor, que si se aposentaban en la casa rural y estaban en el despacho, pasaban a ser los profesionales de la religión, los dueños de ese expendio de servicios religiosos y sociales. Ellos huían de eso porque de ahí nunca nacería una comunidad cristiana sino a lo más la clientela habitual del cura, además de la esporádica.

El tercer aspecto son los pivotes básicos alrededor de los cuales se construirá la comunidad y girará su vida. Son tres: la construcción de la capilla, la catequesis

y la celebración de la Cena del Señor.

La construcción de la capilla es el equivalente a la construcción de las casas: es autoconstrucción que contribuye decisivamente a la construcción de las personas. Así, al construir a la capilla poco a poco, a medida que van consiguiendo recursos, se construyen en comunidad los vecinos que la construyen. Se van organizando y van tomando conciencia de comunidad cristiana. Así construyeron diez y seis capillas. Cada zona adquirió de este modo conciencia de sí. No existe una iglesia central. Cuando se reúnen todas las comunidades en la comunidad global, se van turnando. Nadie es más que nadie y todos se sienten en su casa en la casa de cada comunidad, que, sin embargo, tiene sus características específicas. Como se ve, hay una concepción eclesiológica de fondo: Iglesia como sinodalidad, como caminar juntos, como comunión, como comunidad de comunidades.

La catequesis deriva del hecho de que el cristianismo es una religión histórica no una religión natural. Esto es lo que significa que la fe entra por el oído. Para seguir a Jesús se necesita conocer cómo se relacionó él en su situación. Se necesita la formación inicial y la formación permanente. Pero ese conocer no es un conocimiento objetual sino un conocimiento interno, una verdadera asimilación por connaturalidad de la mentalidad y las actitudes de Jesús, una iniciación del misterio cristiano. Por eso la catequesis no es sólo nocional sino también actitudinal, una especie de conversión permanente. De ahí que en la catequesis salga de todo y no falte la referencia a las propias vidas. Los catequistas son los expertos, es decir los que, habiendo experimentado el misterio cristiano y teniendo conciencia de lo experimentado pueden transmitirlo con el mismo espíritu con que se lo transmitieron. Por eso la comunidad crea la catequesis y la catequesis crea la comunidad.

Pero la pieza central es el encuentro para celebrar la Cena del Señor, por sectores y en ocasiones especiales toda la comunidad. Para el autor que lo ha presenciado es claro que la comunidad es la celebrante, aunque el presbítero tiene el lugar del Señor Jesús, no porque sea el más santo sino porque lo representa. La celebración es un verdadero acontecimiento nuevo y único, aunque siempre sea celebrar la Cena del Señor. Tienen diversos instrumentos y cantan muy bien y todos. Es un modo muy suyo de participación. Pero también participan en la homilía y en las peticiones y en las ofrendas. Son celebraciones muy vividas y muy gustadas, donde se palpa la presencia del Espíritu del Señor. Pero lo son porque son el símbolo de toda la vida cristiana: pueden hacer lo mismo, es decir celebrar la Cena del Señor, porque hacen lo mismo: entregan a los demás en la vida cotidiana esa vida que el Señor les da en al Eucaristía y de la que viven. Y el autor subraya la

especial preocupación por entregar esa vida a los que más lo necesitan. Como decía Pablo a los corintios, es la piedra de toque de la genuinidad de la celebración de la Cena de Señor, tanto que, si no se da, no se celebra. Por eso el autor se extiende en explicar cómo atienden a los pobres y cómo logran que los pobres se integren en la comunidad y sean miembros respetados y activos y cómo eso da lugar no pocas veces a que con el tiempo no sean tan pobres.

He tratado de resaltar lo que me parece más medular y significativo, incluso novedoso, del planteamiento del autor. Y creo que lo dicho pone de relieve, que estamos ante un aporte sustancioso.

P. Pedro Trigo, S.J.

TAMAYO, Juan José: *La teología de la liberación. En el nuevo escenario político y religioso*. 2da. edición. Valencia: Tirant lo Blanch, 2011.

La obra escrita por el teólogo Juan José Tamayo, *La teología de la liberación. En el nuevo escenario político y religioso*, tiene un total de 559 páginas y once capítulos. En el marco de los cuarenta años de vida de la Teología de la Liberación (TdL), el autor recoge en este libro su rica experiencia haciendo un recorrido completo por sus diferentes etapas para mostrar el nuevo paradigma.

Comienza describiendo los orígenes de la TdL, nombrando los precursores a mediados de la década de los sesenta del siglo pasado. Describe las condiciones internas y externas que fueron conformando el pensamiento de la TdL. Analiza su impacto dentro de la Iglesia y sus repercusiones políticas hasta su implantación en los diferentes continentes que conforman el llamado Tercer Mundo.

En la situación mundial de la actualidad caracterizada por la diversidad cultural étnica y religiosa, destaca que se está configurando como teología intercultural e interreligiosa de la liberación en los Foros Mundiales de Teología y Liberación (Porto Alegre, 2005; Nairobi, 2007; Belem de Para, 2009). En los mismos se han puesto las bases para el desarrollo de una teología, una espiritualidad y una ecología en el horizonte de “Otro Mundo Posible” en sintonía con el Foro Social Mundial y sus proyectos alterglobalizadores.

El autor desarrolla el nuevo paradigma liberador de la TdL con su metodología interdisciplinar y se detiene de manera especial en las tendencias actuales de dicho paradigma: teología feminista, ecológica, indígena, afroamericana, campe-

sina, económica e interreligiosa, cuyas líneas fundamentales expone desde el más profundo respeto a su propia metodología. Esta parte junto con la descripción de su precursor Bartolomé de las Casas y los aportes de un total de veinticinco teólogos y teólogas representantes de la TdL, se la puede considerar la más novedosa.

Muestra la vitalidad actual de la TdL presentándola como teología contra-hegemónica y crítica del imperialismo teológico que incorpora nuevas categorías sociológicas y teológicas para responder a los desafíos que presenta el Primer Mundo. Su visión aporta para lograr la interculturalidad y el diálogo interreligioso, pues la metodología que emplea es inductiva y la epistemología inclusiva de los saberes. También contribuye dando elementos para afirmar la igualdad y reconocer las diferencias así como la creación de una cultura de resistencia frente a la globalización neoliberal y una ética de la solidaridad.

En síntesis, esta obra por su riqueza de contenido e información sobre la TdL, descrita desde la visión de su autor, es útil para consultar y tener como referencia a la hora de hablar de las obras de los teólogos y teólogas de la liberación. Sabiendo que se nombran veinticinco y quedan otros y otras sin nombrar, reconozco que el libro refleja la creatividad y el gran trabajo de su autor al compilar los cuarenta años de la TdL. Sus aportes dan pistas para la construcción de nuestra sociedad venezolana en libertad, justicia y verdad.

Lic. María del Pilar Silveira